

La Ilustración



Artística

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

AÑO XXVI

BARCELONA 11 DE NOVIEMBRE DE 1907

NÚM. 1.350

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MADRE É HIJA, cuadro de Ricardo Miller
(Séptima Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1907.)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el cuarto tomo de la presente serie, que será

PEQUEÑAS GRANDES ALMAS

interesantísima novela de costumbres americanas, original del notable escritor argentino G. A. Martínez Zuviría.

La novela lleva numerosas ilustraciones del celebrado dibujante Sr. Opisso.

SUMARIO

Texto.—Crónica de teatros, por Zeda. — *Salir por la puerta de los carros* (refrán estudiantil), por Angel R. Chaves. — *París. La copa Branger para pequeños modelos de canoas automóviles.* — *Festival en el Parque Güell.* — Barcelona. *La próxima temporada del Liceo.* — *Bendición de la bandera del somatén de San Justo Desvern.* — *Nuestros grabados artísticos.* — *La reina del prado*, novela ilustrada (continuación). — *De Marruecos.* — *Terremoto en Calabria.*
Grabados.— *Madre e hija*, cuadro de Ricardo Miller. — Dibujo que ilustra el refrán estudiantil *Salir por la puerta de los carros.* — *El minero*, escultura de Constantino Meunier. — *En la playa de Viareggio*, cuadro de Felipe Klein. — *Sarah Bernhardt*, retrato hecho por Antonio van Welie. — *París. La copa Branger para pequeños modelos de canoas automóviles.* — Barcelona. *Festival celebrado por las últimas inundaciones de Cataluña.* — *Principales artistas de la temporada de invierno del Gran Teatro del Liceo.* — *Dejad venir á mí los niños.* — *Concierto de familia*, cuadros de Federico de Uhde. — *Narciso femenino*, cuadro de L. de Flesch-Brunningen. — *Monseñor Vico.* — *San Justo Desvern* (Barcelona). — *Bendición de la bandera del somatén.* — *Mohamed-el-Buassán y Bukir Bushentuf.* — Casablanca. *Entierro del capitán Ihler.* — *El teniente coronel du Frey en el cementerio.* — *Cadáveres de moros muertos en el combate último de Casablanca.* — *Terremoto en Calabria.* — *Ruinas del pueblo de Ferruzzano.*

CRÓNICA DE TEATROS

A excepción del Real, que dentro de muy pocos días empezará á recrear á los amantes del bell canto, los teatros todos de Madrid, desde el de Barbieri, situado en el corazón de los barrios bajos, al del Español, predilecto de las clases aristocráticas, han abierto sus puertas de par en par, disputándose los favores del público.

Para inaugurar la temporada, la Princesa tuvo la plausible idea de elegir dos obras de Zorrilla: *La lealtad de una mujer* y *Aventuras de una noche*, comedia en tres actos, y la tragedia en uno titulada *Sofronia*.

Califico de plausible la idea de la empresa de aquel teatro, porque justo es que artistas y espectadores recuerden, aunque sea de tarde en tarde, á aquellos poetas que sostuvieron en época todavía no muy remota las tradiciones gloriosas del teatro nacional. Uno de estos poetas, el más vigoroso, el más castizo, el que mejor recogió en las cuerdas de su lira los ecos del alma española, fué Zorrilla, con razón considerado como el último trovador.

Al verle no podía menos de pensarse en los vates del siglo XVII: su canosa melena, su bigote y perilla, su rostro enjuto, su magra y nerviosa figura, parecían reclamar el ajustado jubón, el airoso ferruero, la valona de encaje y el sombrero de ancha falda y larga y rizosa pluma. No hubiera ciertamente desmerecido su castellana catadura de la de aquellos poetas que ennoblecían con sus creaciones la corte de Felipe IV.

Y tan castizo como su continente era su ingenio. Su vida aventurera y desordenada, las impresiones de su infancia y de su adolescencia, pasadas en el riñón de Castilla, sus lecturas, y sobre todo, su fantasía soñadora y arcaica, le hicieron residir en espíritu, no en su siglo, sino en los siglos pasados. Yo no creo que Zorrilla interpretara fielmente la historia de la España vieja; pero sí creo que él, como nadie, logró evocar la España legendaria. El reedificó, con la magia de su inspiración, los castillos que hoy cubren de ruinas los cerros, lomas y teros de Castilla, él pobló los vetustos palacios de gentiles damas, soberbios próceres, gallardos pajecillos y amojamadas dueñas; hizo resonar el tumulto de las muchedumbres villanescas en las plazas, y los cantos de los monjes en los monasterios, y el fragor de las armas en los campos de batalla. El hizo cabalgar nuevamente al Cid sobre Babieca, puso el puñal vengador en la mano del último monarca visigodo, llevó á D. Pedro á la tienda de Montiel, ennoblecíó la vulgar figura del pastelero de Madrigal, lloró con Muley Hacén la pérdida de Alhama y suspiró con Boabdil ante las torres granadinas.

En todas sus obras, lo mismo en las dramáticas que en las épicas, destacan siempre con distintos nombres dos figuras, eminentemente poéticas, genuinamente españolas, realización ambas del ideal masculino y femenino de nuestra raza. Estas dos figuras llámanse unas veces Diego Martínez é Inés de Vargas; otras, Juan de Alarcón y Margarita la tornera; otras, el capitán Montoya y doña Inés de Alvarado; otras, por último, D. Juan Tenorio y doña Inés de Ulloa. Él, llámese como se llame, es constantemente el mancebo valiente, pendenciero, que no reconoce sagrado, que no tiene más ley que sus pasiones; pero que en medio de sus orgías, de sus vicios, hasta de sus crímenes, conserva siempre un no sé qué de grande, de noble, de generoso, de aristocrático, que nos encanta y nos deslumbra.

Ella es constantemente la virgen enamorada y á la postre seducida por su violento amador, la flor tronchada, la pobre garza víctima de las garras del gavilán. Es el eterno femenino, la debilidad, que tiene nombre de mujer. Por esto la creada por Zorrilla, quizás la única, la que vemos pasar siempre por los principales poemas del vate castellano, forma parte del coro inmortal de las grandes creaciones poéticas, y Ofelia, Margarita, Julieta, Isabel de Segura son sus iguales...

Por estas razones el *Don Juan Tenorio*, á pesar de sus defectos, á pesar también de las veleidades de la moda, ni muere ni envejece. En el célebre y siempre aplaudido drama viven con vigorosa vida los dos hijos de existencia inmortal del ingenio de Zorrilla.

Días pasados, entendimiento tan alto y esclarecido como el de Benavente se burlaba de la costumbre teatral de representar en los primeros días de noviembre el fantástico drama de Zorrilla. No burlas, sino elogios, merece esta costumbre; ella nos proporciona, á lo menos una vez al año, el placer de saborear alta y española poesía, placer de que hace tiempo nos tienen privados nuestros teatros.

Y al llegar aquí echo de ver que nada he dicho de la fiesta inaugural de la Princesa, ni del efecto que produjo en el público la representación de *La lealtad de una mujer* y de *Sofronia*.

La primera de las dos obras oscila entre las vehemencias del drama romántico y los incidentes cómicos de las antiguas comedias de capa y espada. Casi sin transición salta el autor desde los más líricos arranques sobre el honor y la lealtad, hasta los más manoseados engaños fundados en las sorpresas de los mantos y de los escondites. Esta heterogeneidad de la comedia perjudica no poco á su interés. En cambio la avaloran el brío, la grandilocuencia y la sonoridad de la versificación.

Más interés que la resurrección de esta comedia de Zorrilla despertó en el público de la Princesa la representación de la tragedia *Sofronia*. Claro es que no está el tiempo presente para tragedias, tomada esta palabra en su sentido clásico. No se compadecen nuestros gustos modernos con la sencillez de la acción, con la solemnidad, con el énfasis, con el aparato lírico de ese género ya totalmente desaparecido de la escena. *Sofronia* fué oída con respeto, pero sin entusiasmo.

Justo es también reconocer que la originalidad de la tragedia de Zorrilla es escasa: su argumento ha sido cien veces llevado al teatro. La acción se desarrolla en tiempos de Majencio, emperador de índole tan perversa como la de Nerón y Calígula. El tirano, encenagado en el vicio y árbitro de la envilecida Roma, ha puesto sus ojos en la hermosa patricia Sofronia, esposa de Publio, prefecto de la gran ciudad. La noble matrona rechaza con casta entereza los requerimientos amorosos de Majencio; pero éste, para quien no hay más ley que su capricho, y doblemente irritado porque Sofronia es cristiana, condénala á ser expuesta desnuda en la arena del circo. Publio, que adora á su esposa, para librarla de aquella afrenta la mata con su puñal en presencia del emperador y se declara cristiano.

Majencio, en el colmo de la cólera, le grita:

¿Qué has hecho, miserable? Me horrorizas.
 ¡Quitádmelo de aquí! Llévadle al fuego
 y esparcid por el viento sus cenizas.
 — Yo me espanto también. Llévadme luego,

replica Publio.

impulso fué del corazón pagano,
 mas fué el impulso de su misma estrella
 que me arrastra á mi bien. Pueblo romano,
 quiero partir mi eternidad con ella.
 ¡Yo á las fieras también! ¡Yo soy cristiano!

Pocos días después de la apertura del teatro de la Princesa, comenzaron las aristocráticas veladas del teatro Español. Como en años anteriores, en el «clásico coliseo» casi todos los días de la semana son de

moda. Particularmente los miércoles y los sábados «se da allí cita» lo más empingorotado de la sociedad madrileña. El lápiz de *Mascarilla* y de *Montecristo* se despunta esas noches haciendo la lista de las linajudas señoras y de los distinguidos caballeros que llenan la sala del favorecido teatro.

Sobre esta distinguidísima concurrencia se ciernen las águilas. «¿Quiénes son las águilas?», preguntará acaso algún lector poco versado en el *argot* madrileño. Damos aquí aquel nombre á ciertos caballeretes de buenas casas, pero no tan sobrados de dinero que puedan costear los altos precios del abono en los días de moda. Los susodichos caballeretes, muy correctamente vestidos de frac y corbata blanca, revolotean por el vestíbulo en los intermedios, se encaraman durante los dos primeros actos á las alturas paradisíacas y desde allí atisban cuáles son las butacas que hay sin ocupar. Cuando se enteran que está vacante alguna de aquellas localidades, caen sobre ellas y allí se *posan* durante los últimos actos.

Como se ve, no deja de ser propio el nombre zoológico con que se designa á los susodichos pollos.

La obra con que la compañía á cuyo frente figuran Rosario Pino y Emilio Thuiller inauguró sus artísticas tareas, fué la comedia de Galdós titulada *La loca de la casa*. Cumplida esta respetuosa atención con el insigne novelista, comenzaron las representaciones del *Tenorio*, y allí, á pesar de las disposiciones gubernativas que ahora rigen, sigue abierta la hostería de Butarelli, y no obstante las reformas policíacas de última hora, D. Juan continúa perpetrando desafueros sin que los corchetes logren echarle el guante.

Idénticas tropelías y con igual impunidad está cometiendo en la actualidad el burlador sevillano en la Princesa, en el Circo de Price y en el Gran Teatro... Este año, como los anteriores, el público madrileño acude en tropel á recrearse con la contemplación de su obra favorita.

Lara con mucho público y la Comedia con escaso están ya desde hace días funcionando, y el Cómico, Eslava, Apolo y la Zarzuela cuentan por llenos sus representaciones. Este último teatro ha tenido la suerte de encontrar una verdadera mina en la zarzuela de los Quintero y Chapí titulada *La patria chica*.

He aquí el argumento de esta obra que desde hace un mes está aplaudiendo todo Madrid.

Cierto empresario parisiense ha contratado una de esas compañías de cantadores, bailadores y guitarristas que sostienen en el extranjero la tradición de la España de pandereta. En esa compañía hay una malagueña, Pastora, del propio Perchel; un tocador de guitarra, de Cádiz; una bailarina, de Sevilla; un baturro y una baturrica de Zaragoza, y otros cuantos individuos de las orillas del Guadalquivir unos y de las riberas del Ebro otros.

El empresario, que por las señas es un pillete, ha puesto pies en polvorosa en unión de una flamenca de la *troupe* y ha dejado á aragoneses y andaluces á la luna... de París. ¿Qué hacer para regresar á su querida tierra?

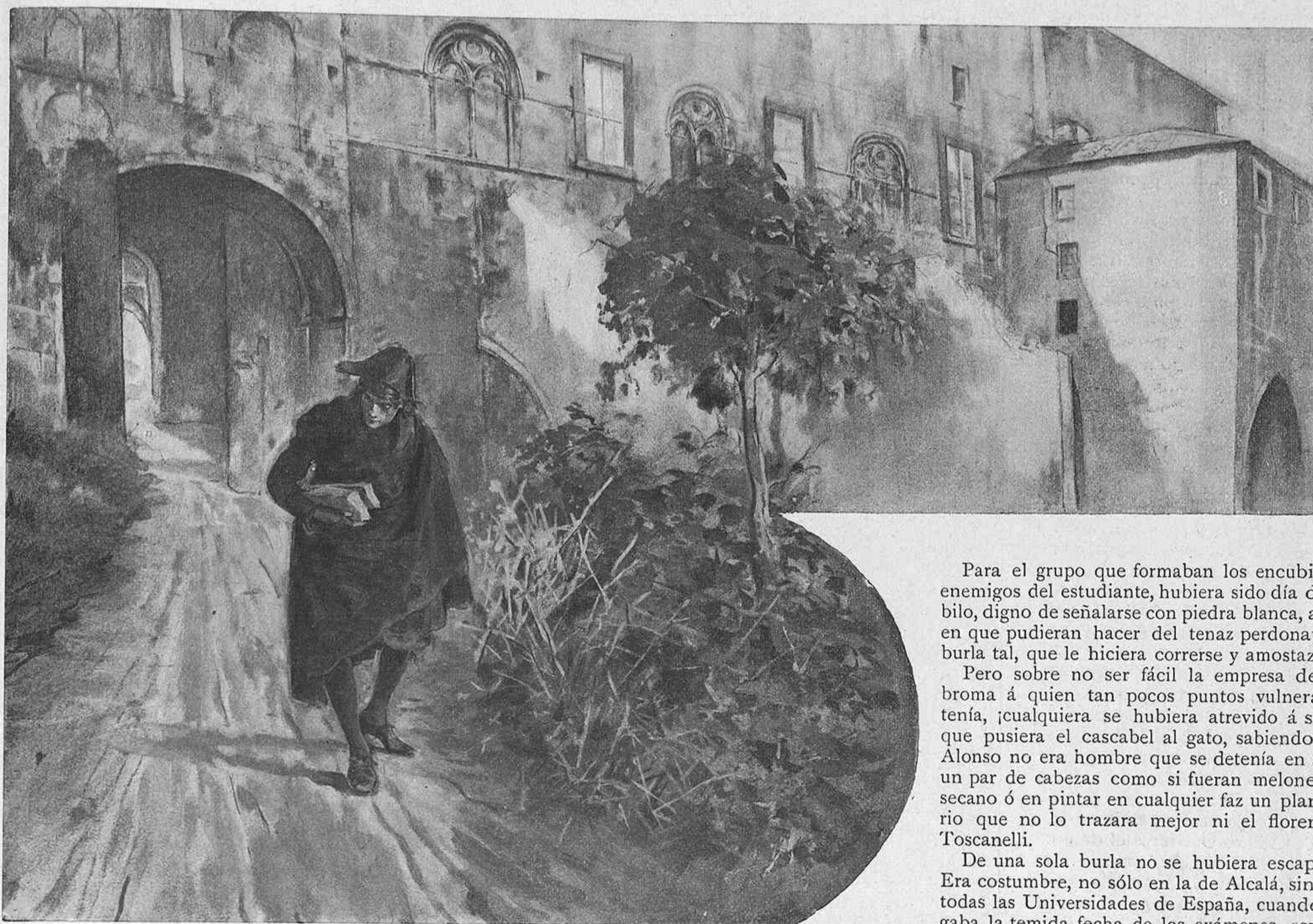
En la gran ciudad vive también un pintor andaluz y á él acuden en demanda de socorro los desterrados. Pero el pintor no tiene una peseta. Sin embargo, á falta de dinero contante y sonante, posee una esperanza: acaba de pintar por encargo de un inglés millonario el retrato de cierta hembra andaluza de rompe y rasga; y si, como el artista supone, el hijo de la Gran Bretaña queda satisfecho del cuadro, habrá dinero para todos, y baturros y andaluces podrán volver á su patria. En tanto que el inglés llega, Pastora y el baturro, en una escena quizás un poco larga, pero ingeniosa y excelentemente «servida» por el músico, se tirotean con donaires y chistes aragoneses y andaluces. El millonario inglés se presenta, y deslumbrado por la hermosura y gracia de Pastora, desdén el cuadro: la mujer viva le gusta más que la mujer pintada. Dará el dinero para que regresen á España cantadores y danzantes, pero á condición de que Pastora se quede en París. La arrogante moza accede á truco de que sus compañeros regresen á su patria, pero no ha contado con la huésped; esto es, con la tenacidad del baturro, y todos sus compañeros le secundan, de quedarse en París si Pastora no vuelve con ellos á España.

El inglés, conmovido por el rasgo del baturro, paga el viaje de todos, aunque decidiendo con tenacidad británica, no inferior á la tenacidad aragonesa, seguir á la cantadora hasta el fin del mundo.

Todo esto, sazonado con las sales del ingenio privilegiado de los dos hermanos, realizado por sincero y noble patriotismo y adornado con hermosa música, hace todas las noches las delicias del público que llena el teatro de la Zarzuela.

ZEDA.

SALIR POR LA PUERTA DE LOS CARROS (REFRÁN ESTUDANTIL)



... se había lanzado por ella poniendo pies en polvorosa sin ser visto de nadie

I

¡Válame Dios!, que de ser tan buen estudiante como era mozo de condición apicarada é ingenio agudo, mal año si Alonso de Ontiveros no hubiera ocupado el primer banco, no digo yo en aquella Universidad Complutense, sino en los de las aulas salmantinas y en los colegios de París ó Bolonia.

Pero es el caso que así como nada de perezoso tenía en buscar quínolas ó encartes en la descuaderada, ni para señalar con un chirlo de á jeme la cara de su contrario, teniendo una de las de Ortuño á la mano, cada dedo le pesaba un quintal cuando de volver las hojas del *Instituto* se trataba y de plomo se le volvía la lengua cuando el catedrático de física le hacía alguna pregunta.

Eso sí, de tal modo le tiraba la vida estudiantil, que por ninguna la hubiera dejado. La prueba de ello es que, aunque llegó á Alcalá sirviendo á cierto acaudalado mancebo que le daba posada, comida y vestido, amén de los gastos que pudiera causarle el estudio, cuando su amo, que tenía más afición por las galas del soldado que por las aulas, renunció á los libros y tomó bandera para embarcar en el puerto de Cartagena en una galera que llevaba refuerzos de hombres y dineros á Flandes, Alonso, aunque con lágrimas en los ojos, se despidió de su amo, prefiriendo habérselas á tajos y mandobles con los porquerones del padre de estudios, que no á arcabuzazos con los herejes flamencos.

Tanto gusto había cobrado á la vida estudiantil, que el no contar por sustento más que con las sobras de sus compañeros, que tampoco disfrutaban de grandes holguras, ó con la sopa que con sus buenos modales repartía tardes y mañanas un lego del convento de San Diego, ni con más suntuosos atavíos que las raídas bayetas que desechaba otro estudiante poco menos astroso que él, no eran obstáculo para que se encontrara en Alcalá como el pez en el agua.

Para ello había la razón de que todos sus colegas de estudios le llevaban en palmitas, como hombre que de raro ingenio y nunca agotada inventiva para dar con el repuesto que de su familia recibía un novato, para hallar traza para que éste ó aquél penetrara en el retrete de alguna no del todo bien guardada

doncella ó para sacar unos cuartos de la bolsa de alguno de los logreros que á interés tan poco seguro como desmedido prestaba á los escolares.

Él era el verdadero maestro de novicios, cuando en éstos veía disposición para emprender la azarosa vida de la gente maleante, y él también el que ideaba las más sabrosas burlas que se hacían con los pazguatos que aún se empeñaban en seguir al pie de la letra los sanos consejos que el puntilloso padre ó la cándida madre les diera antes de tomar el camino de Alcalá.

Los títulos que le acreditaban como cabo y cabeza de los mozos más arriscados y atrevidos, eran dos ó tres cicatrices que le afeaban un tanto el de suyo no muy agraciado rostro y que todos sabían haber sido cobradas haciendo frente á las rondas ó espaldas á un amigo empeñado en no muy limpia y sí peligrosa aventura.

Eso sí, de tal jefatura cobraba el bueno de nuestro Alonso censo y almojarifazgo, que no había carta que viniera en el festejado «ahí te envío» que no se creyera con derecho á participar, y su poco escrúpulo en esto llegaba á tal, que á las veces pedía y lo graba que se le diera alcabala, no sólo del puñado de escudos ó del fardo de embutido que cualquier estudiante recibía del paterno hogar, sino hasta de los favores que de sus damas lograban los más galanes y enamoradizos.

II

Como es de suponer, semejante tiranía, aunque sufrida por temor á lo duro de sus puños y á lo fácil con que su daga—que el estar prohibido el uso de armas á los estudiantes no quitaba para que el que más y el que menos tuviera de ellas un arsenal—salía de su vaina, no dejaba de despertar odios y malas voluntades hacia el que la ejercía.

Algunos estudiantes tenía á su devoción incondicionalmente; pero otros, aunque lo encubrían con palabras melosas y sumisas complacencias, no deseaban otra cosa sino encontrar resquicio por donde poder mostrar á Alonso de Ontiveros que las más altas torres se hunden y los más sólidos obeliscos se vienen al suelo.

Para el grupo que formaban los encubiertos enemigos del estudiante, hubiera sido día de júbilo, digno de señalarse con piedra blanca, aquel en que pudieran hacer del tenaz perdonavidas burla tal, que le hiciera correrse y amostazarse.

Pero sobre no ser fácil la empresa de dar broma á quien tan pocos puntos vulnerables tenía, ¡cualquiera se hubiera atrevido á ser el que pusiera el cascabel al gato, sabiendo que Alonso no era hombre que se detenía en abrir un par de cabezas como si fueran melones de secano ó en pintar en cualquier faz un planisferio que no lo trazara mejor ni el florentino Toscanelli.

De una sola burla no se hubiera escapado. Era costumbre, no sólo en la de Alcalá, sino en todas las Universidades de España, cuando llegaba la temida fecha de los exámenes, esperar en la puerta principal al que caía en las garras del inflexible tribunal, y como el examinado no sacara en la mano la cédula con el *nemine discre-*

pante ó por lo menos otra que le diera por aprobado, en vez de los vítores y aplausos con que se agasajaba al triunfador se armaba tal baraúnda de denuestos y silbidos, que por mucha correa que tuviera el desairado estudiante escapaba más mohino y con más prisa que perro al que chiquillos ataran maza en el rabo.

¡Y lo que es la ley de la costumbre y la fuerza de la sanción del tiempo! Los mismos que metían en un puño á los otros y nada temían ni por nada se les apocaba el ánimo, contra tal prueba no osaban volverse, y del mismo modo la sufría el veterano de más retorcidos colmillos, que el más albillo de los novatos.

Lo malo es que no era fácil que con Alonso de Ontiveros rezara aquello, porque indudablemente no se proponía llegar nunca á letrado sabihondo ni á teólogo eminente, sino que se contentaba con arrastrar de por vida las astrosas bayetas de estudiante y no había que hablarle de exámenes ni oposiciones. Su habilidad consistía en esquivar toda prueba de sus adelantos y en huir siempre á fin de curso de demostrar positiva ó negativamente su aprovechamiento.

III

Pero lo que no hubiera conseguido nadie, lo logró el maleante ingenio de cierto mozo que por la Universidad Complutense cayó un día, y á los pocos de estar afiliado á las huestes estudiantiles, ya era temido y respetado por su agudeza y buen humor, de tal manera, que lejos de tratársele como á mancebo moscatel é inexperto, se escuchaba su consejo y se le seguía como á viejo capitán.

A este que, como es consiguiente, más que á nadie molestaba la supremacía del que hasta allí venía cobrando todo barato y llevándose las primicias de los provechos de todo buen golpe, fué al que le escarabajó en el ánimo llevar al inexpugnable estudiante por pendiente en que, despeñándose, perdiera todo el prestigio y superioridad.

Para conseguirlo valiéndose de un medio que tal vez á ningún otro hubiérasele ocurrido. Y fué auxiliarse de cierta dama y su dueña que como llovidas del cielo habían venido á establecerse á Alcalá y de las

cuales no tardó la primera, que era moza y por extremo garrida, en sorber el seso al bueno de Alonso.

Decíase—y de que fuera verdad no respondo más que de los milagros de Mahoma—que la tal señora era hija de riquísimo padre que á su muerte había dejado á su hija única heredera de una tan cuantiosa fortuna como nobiliarios títulos, y que ésta juntaba á tales bienes tal recato y virtudes, que la hacían modelo de doncellas y dechado de damas.

El estudiante novel tuvo cuidado de poner en honesto contacto al redomado D. Alonso con la recatada señora y su austera dama, y de tal modo se propuso conquistar el afecto de la desconocida, su mano y con ella su fortuna, que no hubiera perdonado medio para conseguir su propósito.

Pero es el caso que la bella incógnita, que por la traza no era tan arisca como á primera vista parecía, aunque sin rechazar el martelo, que desde el primer momento comenzó á darle Alonso, acabó por ponerle por condición para aceptar sus obsequios lo que menos podía convenir al desaplicado estudiante.

Y fué expresarle desde luego que para rendir tributo á la memoria de su padre, que á su decir fué uno de los más y mejor vistos leguleyos, no tendría por esposo á quien no llevase al tálamo títulos universitarios que la hicieran esperar que había de ser su cónyuge un portento de sabiduría.

Tan inflexible era en esto y tan del todo se le había metido en el alma á Alonso Ontiveros el deseo de hacer suyo áquel tesón de gracias, discreción... y riquezas, que ¡oh portento!, en unos meses, el que había sido siempre cabeza de todo motín, comenzó por hacer vida recoleta y devoró libros con el mismo afán que antes trasegaba cuartillos de aloque y magras de lo de Algarrobillas.

Ni en taberna ni hostería puso la planta; el primero era en acudir á las cátedras y así huía él de las zambras y alborosques como el más santo anacoreta de las tentaciones del malo.

IV

Así llegó el fin de aquel curso. Todos los estudiantes, asombrados, miraban á Alonso como á hombre que por obra de conjuro se hubiera trocado de ser, y había hasta quien apostaba que su amor propio le haría salir lucido en la prueba que tenían los que no se habían quemado las cejas estudiando.

Sólo el estudiante albileño sonreía satisfecho con cierto mohín diabólico, como si estuviera seguro de su triunfo.

Así es que el día en que correspondía á Alonso de Ontiveros presentarse por única vez en su vida ante el fruncido ceño de los catedráticos, el mozo no se dió punto de reposo, y yendo de acá para allá, reunió cuanta gente pudo para esperar á la puerta de la Universidad la salida de Alonso, en la que había de señalar su triunfo ó su derrota.

Y triunfó; ¡pero él! ¡Vaya si fué triunfo el que consiguió!

se las hubieran hecho en chino, que sin aguardar el desahucio, como si cohetes hubiera tenido bajo el asiento, escapó á correr, huyendo de aquel paraninfo en el que tan brillantes triunfos consiguieron ilustres varones, honra de nuestras letras.

De tal resultado no faltó quien ya hubiera dado cuenta á la formidable tropa que á la puerta esperaba, y de pitos y chiflas debían tener tan buena provisión, que mal año si la serenata que esperaba á Alonso no dejaba atrás á cuanto en bulla y algazara hubieran discorrido los mismos diablos de la pandilla de Pero Botero.

Pero pasó un buen cuarto de hora y el escarmentado estudiante no asomaba su demudada faz, haciendo ya sospechar á los más impacientes.

Quién suponía que por retrasar el fatal momento, por los claustros habría quedado escondido; quién sospechaba que arrepentido había querido hacer una nueva prueba; pero como alguno más impaciente entrara á buscarle, con desaliento salió en seguida diciendo que en parte alguna se hallaba á Alonso de Ontiveros.

V

¿Qué había sido de éste? Muy sencilla era la cosa.

Tenía y tiene la célebre y antigua Universidad Complutense una puerta excusada por la que sólo entraban y salían los carros que llevaban la tierra necesaria al cultivo de la huerta del hermoso edificio, y el astuto estudiante, antes que sufrir las burlas de los que estaban en la puerta principal, se había lanzado por ella, poniendo pies en polvorosa sin ser visto de nadie.

Y cuenta la fama que no se contentó con dejar la Universidad y sus cercanías, sino que huyó de Alcalá y aun á esta hora no ha vuelto á saberse de su paradero ni de aquella dama, que tenía de tal,

según luego se supo, tanto como las mozas que cuenta Don Quijote en la venta que á él se le antojó castillo, á pesar de que, según expuesto queda anteriormente,

á la garrida moza que había sorbido el seso al bueno de Alonso, tenía en tan superior concepto, que pasaba á los ojos de todo el mundo por un tesoro de virtudes, títulos y riquezas.

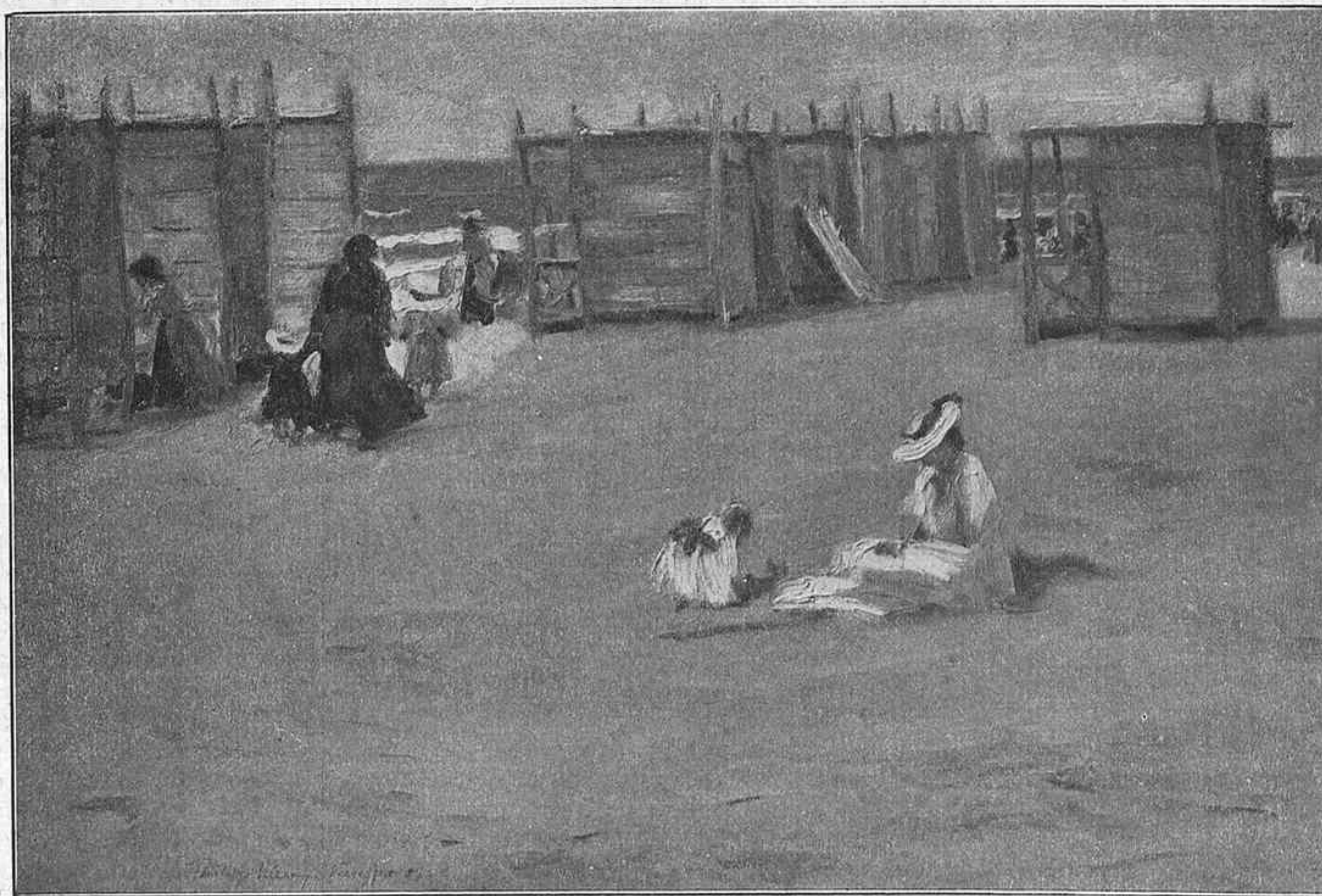
Pero aquel lance no fué perdido del todo. Por de pronto de él se aprovechó el estudiante moscatel, que cobró por sí el puesto por Alonso de Ontiveros abandonado, y también lo aprovecharon los malos escolares, que desde aquel punto hasta que se cerró la Universidad, siempre que salían perdidos en sus exámenes se libraban de las burlas de sus compañeros escapando por la puerta de los carros.

Y de tal manera fué esto, que hoy, que sólo por tradición se conocen las pintorescas y apicaradas costumbres de la antigua vida estudiantil, cuando uno sale mal de sus negocios ó empresas, de él se dice en el lenguaje corriente y vulgar: «Ese salió por la puerta de los carros.»—ANGEL R. CHAVES.



El minero, escultura de Constantino Meunier
(V Exposición Internacional de Arte de Barcelona)

Al sentarse Alonso en el banquillo, comprendió bien pronto que es más fácil andar en burlas con los alguaciles por bien armados que estuvieran, que no



En la playa de Viareggio, cuadro de Felipe Klein. (Exposición de los Secesionistas muniquenses. 1907.)

con aquellos graves y austeros señores protegidos por la armadura de su saber, y tal lio se hizo al querer contestar á preguntas que así entendía como si

do uno sale mal de sus negocios ó empresas, de él se dice en el lenguaje corriente y vulgar: «Ese salió por la puerta de los carros.»—ANGEL R. CHAVES.



SARAH BERNHARDT, retrato hecho recientemente en Bruselas por Antonio van Welie

PARÍS.—LA COPA BRANGER PARA PEQUEÑOS MODELOS DE CANOAS AUTOMÓVILES

La afición á los deportes de toda clase va adquiriendo de día en día mayor desarrollo, y cada vez son más variadas las manifestaciones en que tal afición se fuerza los estímulos hasta el punto de hacer olvidar los sentimientos de la propia conservación y el sagrado respeto que las vidas ajenas merecen.

De aquí que resulten altamente simpáticos concursos como el que recientemente se ha celebrado en el Bosque de Bolonia de París, en el que, sin peligro alguno, se han disputado una copa de nueva creación, la copa Branger, una colección de diminutas canoas automóviles, que á pesar de su pequeño tamaño, tienen una maquinaria perfecta y funcionan con la misma regularidad que las grandes embarcaciones.

Celebróse el concurso en la tarde del 24 de octubre último ante un público numeroso que llenaba las orillas del lago y que siguió el curso de las pruebas con igual interés que si se tratara de alguno de los *meetings* de Mónaco ó de Evian.

Las canoas se dividieron en cuatro categorías, según la clasificación siguiente: embarcaciones de 60 centímetros, embarcaciones de un metro, embarcaciones de 1'50 metros é hidroplanos. Los minúsculos aparatos, que fueron presentados por niños, eran en número de treinta y movidos unos por motores de explosión, otros por motores eléctricos y hasta algunos por motores de vapor. Varios de ellos eran verdaderas monadas por la elegancia de sus proporciones y por la belleza de su construcción; y sólo viéndolos funcionar con regularidad admirable pudieron convencerse los espectadores de que no se trataba de juguetes más ó menos ingeniosos, sino de máquinas dotadas de todas las perfecciones mecánicas.

El número de canoas inscritas hizo necesario dividir la prueba en cuatro series, en las que salieron vencedoras respectivamente: *Helene*, eléctrica, de M. Mauricio Corsin; *Jeannette*, eléctrica, de M. Vacher; *Eclair II*, eléctrica, de M. Lebreton, y *Girard VI*, con motor de explosión, de M. Girard.

En la prueba decisiva resultó vencedora esta última canoa, que ganó la copa Branger.

El concurso de los hidroplanos no revistió todo el interés que muchos esperaban, porque desde luego se vió la gran superioridad que sobre todos los demás tenía el bote *Croix de Lorraine*, de M.



Presentación de una de las diminutas canoas automóviles que tomaron parte en el concurso de la copa Branger.

demuestra y en más número las pruebas que se organizan y los premios que se conceden para fomentarla.

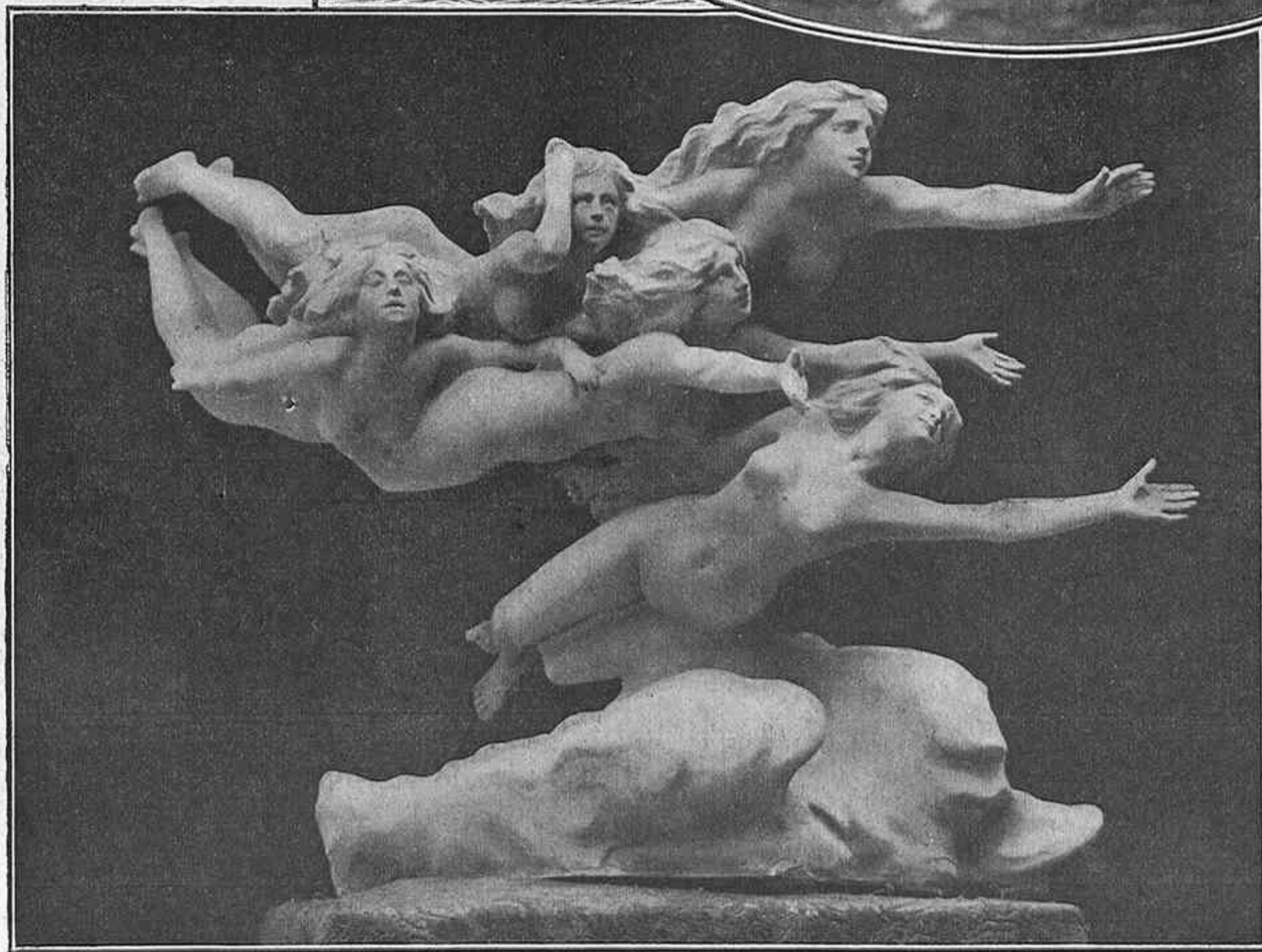
El aire, la tierra y el agua son los elementos en que tales deportes se desenvuelven: aeroplanos y aerostatos se lanzan á la conquista del primero, y en cuanto á los otros dos, los coches y las canoas automóviles están realizando todos los días nuevos progresos que permiten lograr velocidades hasta hace poco tenidas por imposibles.

Celebranse de continuo concursos en que se disputan las llamadas copas, algunas de ellas de gran precio y todas muy codiciadas por ser consagración oficial de la perfección de las máquinas que en aquéllos toman parte y de los méritos de sus inventores ó de los que las conducen. Varias de esas copas se han hecho realmente famosas y por ganarlas no vacilan los profesionales y los aficionados en arrostrar las mayores dificultades y aun en exponerse á graves peligros: recuérdense, en prueba de ello, las regatas de canoas automóviles «Argel-Tolón», efectuadas hace poco más de dos años; la tristemente célebre carrera de automóviles «París-Madrid», y otras que se realizan todos los años en distintos países y en casi todas las cuales ocurren terribles accidentes.

Esa mayor suma de dificultades y de peligros, si por una parte presta más interés á esos concursos, por otra los hace antipáticos á muchísima gente que entiende que, para acreditar unas máquinas ó demostrar la pericia y el valor de los que las montan, no hay necesidad de



Lanzamiento de las pequeñas canoas automóviles.



La copa Branger, premio del concurso de pequeñas canoas automóviles, efectuado el día 24 de octubre último en el lago del Bosque de Bolonia de París

Perignón, que supo sortear con asombrosa habilidad la multitud de obstáculos que significaban para su marcha las lanchas ancladas en medio del estanque.

La copa Branger, como puede verse por la reproducción adjunta, es una obra de arte bellísima.

El resultado del concurso dejó plenamente satisfechos á cuantos á él asistieron. Satisfecho puede estar también el iniciador, M. Branger, quien ha sido muy felicitado por la idea original que ha tenido y que indudablemente contribuirá al perfeccionamiento de los aparatos automóviles acuáticos.—S.

(Fotografías de Branger.)

FESTIVAL EN EL PARQUE GÜELL

Organizado por las Asociaciones automovilistas de esta ciudad, celebróse en la tarde del día 3 de los

Las *coblas* «La Principal Barcelonesa» y «Unió Empordanesa» tocaron airosas sardanas que fueron bailadas por centenares de aficionados á la popular y típica danza.

BARCELONA

LA PRÓXIMA TEMPORADA DEL TEATRO DEL LICEO

Todo hace presumir que la temporada que en breve



Barcelona.—Festival organizado por las Asociaciones autonomistas de Barcelona y celebrado en el Parque Güell en la tarde del 3 de los corrientes á beneficio de los damnificados por las últimas inundaciones de Cataluña. (De fotografía de J. Brangulí Soler.)

corrientes en el pintoresco Parque Güell un festival con el benéfico objeto de socorrer á los perjudicados por las últimas inundaciones que tan espantosos daños han causado en varias comarcas de Cataluña.

Los orfeones Catalá, Barcelonés y de Sans y los

Varios grupos de jóvenes recorrían los paseos del Parque recolectando fondos para los damnificados.

El Parque Güell ofrecía un aspecto animadísimo, pudiendo calcularse en algunos millares el número de personas que respondieron al filantrópico llama-

comenzará en nuestro primer teatro lírico dejará satisfechos á los más exigentes aficionados, así por el número y calidad de los artistas contratados, como por las óperas que se cantarán y por la *mise en scene* de algunas de ellas. El Sr. Bernis, actual empresario, se



Barcelona.—Principales artistas de la temporada de invierno del Gran Teatro del Liceo.—I. Margarita Kaftal, soprano lírica y dramática. II. Matías Battistini, primer baritono.—III. Eugenio Giraldoni, baritono.—IV. Georgina Caprile, soprano lírica y dramática. V. José Anselmi, primer tenor

coros Catalunya Nova, Nova Catalonia é Infantil cantaron escogidas composiciones y la banda municipal ejecutó algunas piezas, alcanzando todos entusiastas aplausos.

miento de las entidades organizadoras de esa fiesta que transcurrió en medio del mayor orden y de la que guardarán muy grato recuerdo las numerosas y distinguidas familias que á ella concurrieron.—T.

propone hacer una campaña que deje recuerdo en Barcelona, y hay que confesar que ha puesto de su parte los medios para lograrlo. De desear es que el público recompense sus esfuerzos y sacrificios.—X.



Dejad venir á mí los niños, cuadro de Federico de Uhde



Concierto de familia, cuadro de Federico de Uhde



NARCISO FEMENINO, cuadro de L. de Flesch-Brunningen

MONSEÑOR VICO

El nuevo Nuncio en Madrid, recientemente nombrado por S. S. el papa Pío X, es uno de los más distinguidos diplomáticos de la Santa Sede.

En 1880 fué secretario de monseñor Vicente Vanutelli en la Delegación Apostólica en Constantinopla, desde donde fué trasladado en 1883 á la secretaría de la nunciatura en París; en 1887 pasó á Madrid, y dos años después, y con el mismo cargo, á Lisboa.



Monseñor Vico, recientemente nombrado Nuncio de S. S. en Madrid. (De fotografía de Carlos Abeniácar.)

En 1898 fué nombrado delegado apostólico en Colombia y finalmente Nuncio en Bruselas en 1904.

Monseñor Vico es un poliglota notabilísimo, pues posee á la perfección diez idiomas.

BENDICIÓN DE LA BANDERA DEL SOMATÉN DE SAN JUSTO DESVERN

Con gran solemnidad efectuóse el día 3 de los corrientes la ceremonia de bendecir la bandera adquirida por el somatén del pueblo de San Justo Desvern, por subscripción voluntaria entre las clases é individuos del mismo y varias personas amantes de tan benemérita institución.

A la fiesta asistieron el general Sr. Ruiz Rañoy, comandante de los somatenes, representaciones de las autoridades y comisiones de los somatenes de los pueblos inmediatos.

A las once menos cuarto celebróse en una era cercana á la

oraciones de ritual; apadrinó la enseña, por delegación del marqués de Monistrol, el señor Ruiz Rañoy, quien, una vez aquélla bendecida, la entregó al somatén de San Justo Desvern, dirigiéndole afectuosas frases y patrióticas excitaciones.

Acto seguido, el párroco de la Bonanova Dr. Estebanell pronunció un elocuente discurso alusivo al acto, en el que alabó la noble ejecutoria de los somatenes, aludió á la guerra de la Independencia, ensalzó á la Virgen de Montserrat, patrona de los somatenes armados de Cataluña, y recordó que el lema de la institución es «Paz, paz y siempre paz» y que sólo por la paz han de hacer uso de las armas.

Lefda y firmada el acta, fueron revistados los somatenes por el Sr. Ruiz Rañoy, y después de un desfile en que se tributaron honores á la nueva bandera, quedó ésta depositada en casa del Sr. Madolell, quien obsequió á los invitados con un espléndido banquete.

LOS EMBAJADORES DE MULEY-HAFID EN EUROPA

Mu'ey-Hafid, á quien bien podemos llamar sultán rebelde, animado sin duda por la facilidad con que fué proclamado en la ciudad de Marruecos y ha sido luego reconocido como soberano legítimo por importantes tribus de aquel imperio, ha creído que le sería igualmente fácil hacerse reconocer por las potencias europeas, y á este efecto envió á dos de sus más notables partidarios, Mohammed-el-Buassán y Bukir-Bushentuf, acompañados de un intérprete, á Londres, á Berlín y á Roma con la pretensión de que en esas cortes se aceptara como buena su proclamación.

La embajada, sin embargo, ha sido un fracaso completo, pues en ninguna de las citadas capitales han conseguido, no ya el reconocimiento de Muley-Hafid, pero ni siquiera ser recibidos por los representantes de los respectivos gobiernos. De modo que los tales embajadores y su soberano *in partibus* han hecho un solemne papel ridículo y han afirmado más la situación del sultán, por ahora único legítimo, Abd-el-Aziz.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 729, 732, 733, 736 y 737.)

Madre é hija, cuadro de Ricardo Miller.—Ha sido ese uno de los lienzos más celebrados de la última Exposición Internacional de Venecia. No se advierte en él ninguno de esos rasgos efectistas que llaman la atención momentáneamente, pero en cambio tiene todas las cualidades sólidas, así de observación como de ejecución, que proporcionan al artista un éxito duradero y hacen de su cuadro una obra de esas que resisten victoriosamente las veleidades de la moda y se contemplan siempre con el mismo agrado.

El minero, escultura de Constantino Meunier.—Todos cuan-

las fases del dolor y las tensiones que en el organismo produce el derroche de energías no compensadas ni repuestas. El detenido estudio de las obras en bronce que han figurado en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona, es demostración del empeño perseguido por el eminente artista belga, quien parece se ha complacido en exponer las situaciones que señala la existencia de los obreros, para enseñanza y reparación.

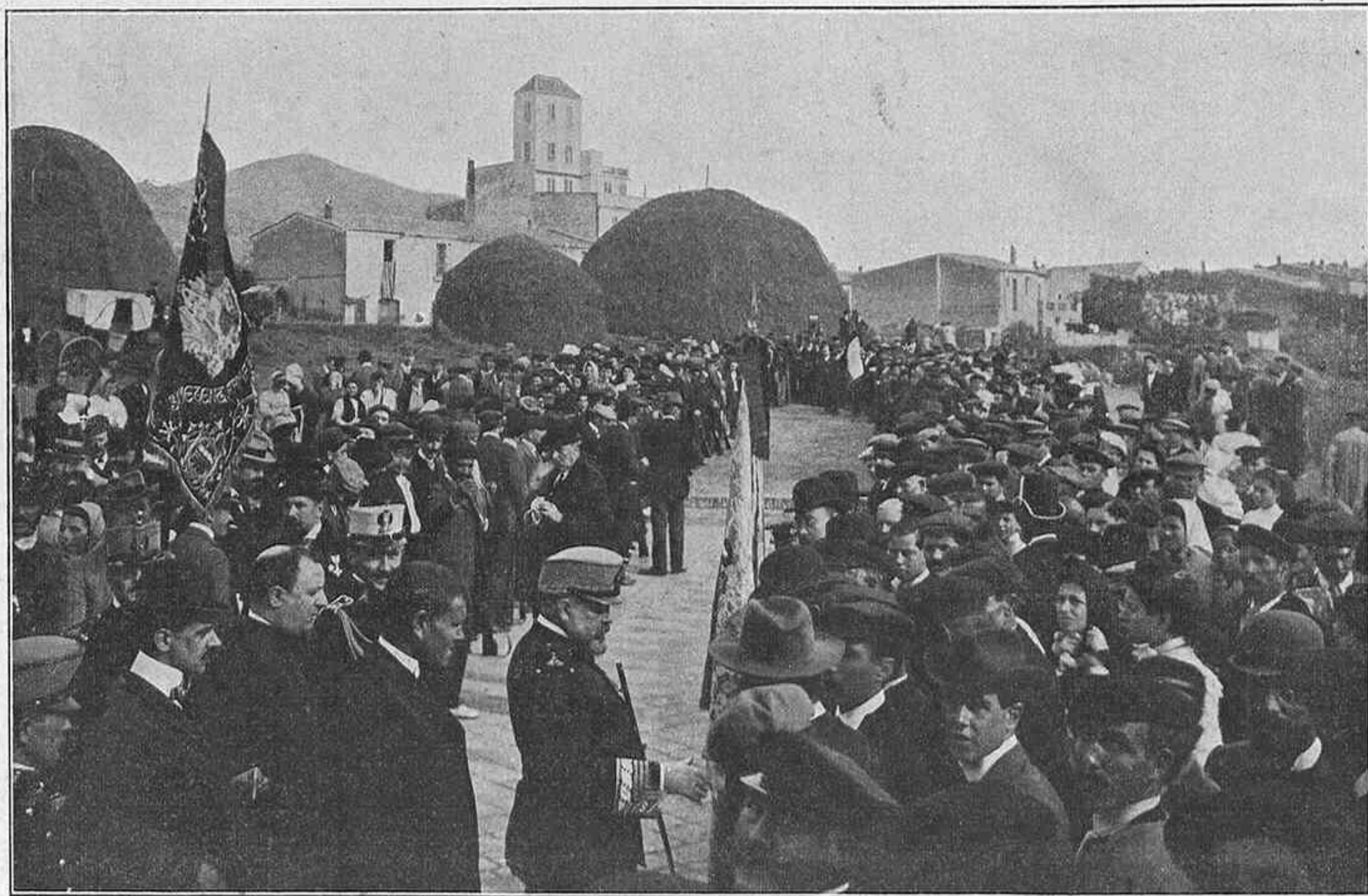
En la playa de Viareggio, cuadro de Felipe Klein.—Este pintor muniquense es uno de los que más brillantemente representan en Alemania la escuela del *plein air*. Sus obras respiran vida; la naturaleza está en ellas tal como se ofrece á los ojos de quienes saben sentir toda su poesía, toda su belleza real, es decir, ni exagerada con idealismos ociosos, ni prostituida con realismos reprobables; de aquí que ante sus paisajes experimentemos esa impresión profunda que sólo la verdad bella puede producir.

Sarah Bernhardt, retrato por Antonio van Welie.—Para esa eminente actriz francesa no pasan los años; sesenta y tres cuenta, y sin embargo, aún representa los papeles de dama joven que más triunfos le han valido durante su carrera artística, y los representa con la misma maestría, con la misma pasión que en su juventud. Recientemente ha publicado un libro autobiográfico, *Mi doble vida*, que ha tenido un éxito asombroso; esta circunstancia da carácter de actualidad al bellísimo retrato que reproducimos y que ha sido hecho hace poco en Bruselas por el notable artista van Welie.

Dejad venir á mí los niños. —Concierto de familia, cuadros de Federico de Uhde.—Federico de Uhde es uno de los más grandes pintores alemanes contemporáneos. Su especialidad, como decíamos en uno de los últimos números, son las escenas del Nuevo Testamento modernizadas; pero también ha cultivado y sigue cultivando otros géneros, como lo prueba el *Concierto de familia*. Este y *Dejad venir á mí los niños* son una prueba patente de los talentos artísticos de este pintor; pues á pesar de haber sido ejecutados casi al principio de su carrera, en los años 1881 y 1884, están hechos tan admirablemente que en nada han desmerecido con el transcurso del tiempo y nada han podido contra ellos las variaciones de la moda.

Narciso femenino, cuadro de L. de Flesch-Bruningen.—¿Quién no conoce la fábula mitológica del joven Narciso, enamorado de su propia imagen reflejada en el cristal de las aguas de una fuente? En ella se ha inspirado el pintor alemán, cambiando el sexo del protagonista y substituyendo las aguas cristalinas por un espejo; y así ha compuesto el bellísimo cuadro, en el que se destaca, hermosamente trazada, la arrogante y esbelta figura de esa joven que, enamorada de sí misma, estampaba en sus propios labios un apasionado beso.

BOUQUET FARNESE 29.ª del **VIOLET** 29.ª del **ITALIENS**.



San Justo Desvern (Barcelona).—Bendición de la bandera del somatén, ceremonia efectuada en la mañana del día 3 de los corrientes. (De fotografía de A. Merletti.)

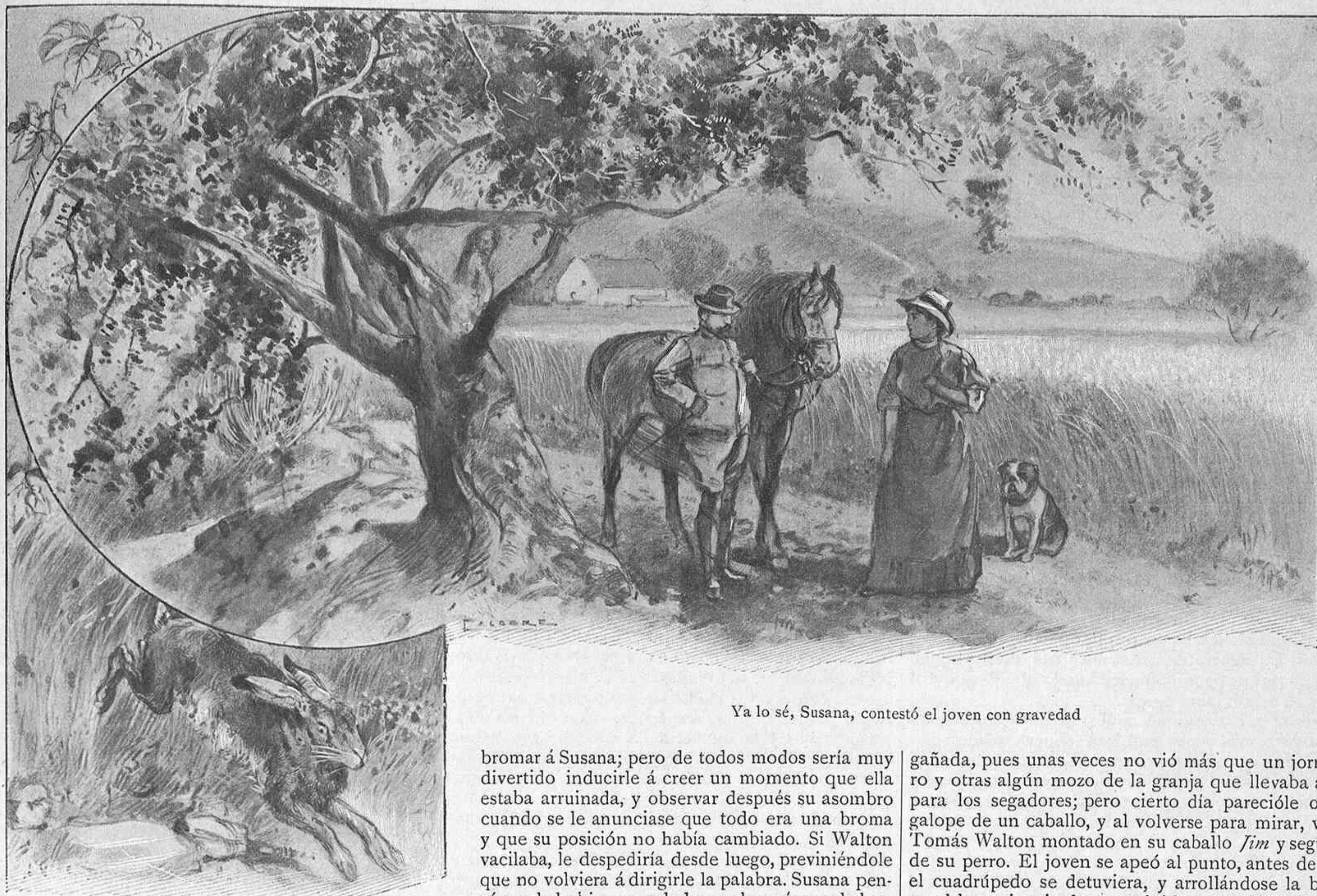
casa de D. Gaspar Modolell, cabo del somatén de San Justo Desvern, una misa de campaña, terminada la cual el canónigo Dr. Rifa, que tenía la representación del cardenal-obispo de Barcelona, procedió á la bendición de la bandera, rezando las

tos penosamente laboran, aquellos que en su rostro llevan impresas las huellas que marca el sufrimiento y las privaciones, han hallado en el celebrado escultor de Lovaina admirable intérprete, puesto que Meunier ha logrado representar todas

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.—ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)



Ya lo sé, Susana, contestó el joven con gravedad

Precisamente sucedió lo que Miguel temía. A fuerza de argumentos y de instancias había conseguido que su padre omitiese en el testamento lo que ahora se trataba de modificar, es decir, que se hiciera mención del sacrificio que los Hazell se imponían para mantener el patrimonio de Susana intacto. En el nuevo testamento no se debía hacer cambio alguno respecto al destino del dinero; pero Job insistió en que se expresasen detalladamente todas sus transacciones con Holt, y como se le habían transferido las acciones del Banco en absoluto, mediante un convenio sin formalidad ninguna, según el cual debería devolver todo á Susana cuando se casase con Miguel ó con otro que tuviera la suerte de merecer la aprobación de Job Hazell.

—Ya le he dicho á usted, contestó Patchett, que no está usted obligado á devolver este dinero, porque su padre fué quien hizo el depósito.

—Eso no importa, repuso Job, pues como usted ve, mi hijo se casará con la señorita Holt, quedando todo así en la persona á quien corresponde; pero ellos retardan de tal modo el matrimonio, que yo no estaría tranquilo si no arreglara este asunto, por si acaso me llega la hora antes de efectuarse ese matrimonio. Entonces, si alguna cosa va mal, Susana sabrá lo que su padre y yo queríamos.

El abogado debió atenerse á estas instrucciones, y cuando Miguel supo cuáles eran, resolvió que Susana no conociese nunca el contenido del testamento.

XXVIII

IR POR LANA...

Seguramente era una pesada broma la que Susana se había propuesto dar á Walton; á la joven le agradaban mucho estas cosas, y hacíale sonreír anticipadamente el resultado, aunque estuviese convencida de que Tomás no se dejaría engañar. Era probable que lo tomase á risa, ó que á su vez tratara de em-

bromar á Susana; pero de todos modos sería muy divertido inducirle á creer un momento que ella estaba arruinada, y observar después su asombro cuando se le anunciase que todo era una broma y que su posición no había cambiado. Si Walton vacilaba, le despediría desde luego, previniéndole que no volviera á dirigirle la palabra. Susana pensó que le hubiera agradado mucho más que la hermana mayor de Walton fuese la víctima del engaño.

Sin embargo, la travesura tenía un inconveniente, pues equivalía á confesar que Susana tomaba á Walton por tonto, ó que lo era ella misma, y que se valía de aquel engaño con la intención de sondear sus sentimientos; y al reflexionar sobre este último punto, vaciló en su resolución.

De todos modos, se persuadió que si hubiese amado á Walton, no habría querido someterle á semejante prueba.

Al fin se supo que el joven había regresado de su viaje, y por lo mismo, su prolongada ausencia, sobre todo en el período de la recolección, fué más observada y extraño á todos. Se apreciaba á Walton en todo el distrito más de lo que se merecía, por su agradable conversación, y porque no le faltaba nunca algún asunto para distraer á cuantos quisieran escucharle. Ahora acababa de volver de las carreras, y suponíase que había jugado desesperadamente; en esto último todos convenían, pero produjose una gran divergencia de opiniones sobre si Walton había perdido más de lo que la Abadía de Walton pudiera pagar, ó regresaba de Londres con cuantiosas ganancias. Como ambas versiones sobre sus aventuras eran de buenas autoridades, las discusiones no tenían término y servían de asunto á todas las conversaciones.

Entre tanto Susana sonreía al pensar en el resultado de la broma proyectada, mientras que paseaba por los campos para pasar revista á su gente, que trabajaba sin descanso, sufriendo los ardientes rayos del sol. El asunto la preocupaba, mas no por eso desatendía ni un instante sus deberes.

Por más que ella no hubiese contestado á las cartas de Walton, era indudable que éste se presentaría poco después de su llegada; y si no lo hacía así, pensó, tanto mejor. Sin embargo, cuando Susana vió que Tomás no volvía, comenzó á cavilar, y esto le pareció extraño. Con tal insistencia pensaba en el hecho, que apenas oía pasos cerca de sí volvía rápidamente la cabeza. En muchas ocasiones quedó en-

gañada, pues unas veces no vió más que un jornalero y otras algún mozo de la granja que llevaba agua para los segadores; pero cierto día parecióle oír el galope de un caballo, y al volverse para mirar, vió á Tomás Walton montado en su caballo *Jim* y seguido de su perro. El joven se apeó al punto, antes de que el cuadrúpedo se detuviera, y arrollándose la brida en el brazo izquierdo, estrechó la mano á Susana con la mayor efusión. El perro se echó delante del caballo, según su costumbre, como para vigilarle.

No era así como Susana quería que Walton la viese; debía parecer pálida y triste cuando le recibiera, y no tener las mejillas sonrosadas por el sano ejercicio en el campo; pero sorprendida así, no tuvo tiempo para tomar la expresión melancólica que convenía en aquel caso. En el apresurado cambio de los acostumbrados cumplidos no pudo mostrarse mucho menos cordial que él, y olvidó su papel lastimosamente, aunque lo había ensayado á menudo en los últimos días.

—Sara me indicó que la encontraría á usted aquí, dijo Walton. ¡Qué buen aspecto tiene usted!

Estas palabras eran otro golpe contra el proyecto de Susana, á quien faltó poco para reírse al verse así burlada; pero al menos tuvo la satisfacción de poder decir á Walton que él no parecía estar muy bueno y que le encontraba más pálido y flaco que antes.

—¡Ah!, contestó Walton sonriendo, es que usted ha vivido aquí muy tranquila y yo no; la excitación durante el día, los pesados banquetes y las agitaciones de la noche durante dos meses, no son las cosas más propias para conservar buena salud.

—Creo que no pensaba usted estar fuera más de quince días.

—Usted no contestó á mis cartas; si me hubiese escrito alguna, habría vuelto mucho antes.

—Cómo, ¿tendrá yo la culpa de su... (Susana iba á decir «disipación», pero modificando la palabra añadió:) de su larga ausencia?

—Precisamente; tan sólo usted hubiera podido tenerme alejado tanto tiempo.

Walton hablaba con mucha gravedad, y esto era en él una circunstancia bastante notable para que Susana no comprendiese que su respuesta era formal.

—Realmente no comprendo, repuso con cierta frialdad, que pueda usted atribuirme á mí la culpa.

La joven veía que era preciso renunciar á su engaño, porque Walton no decía las cosas que ella esperaba.

Los segadores se alejaban en aquel momento para ir á trabajar en otro terreno, y una línea de doradas gavillas señalaba su paso. Una liebre espantada saltó de pronto entre los trigos y desapareció en otro campo inmediato, no sin alarmar á *Jim*, que enderezó al punto las orejas.

—¡Quietos!, exclamó Walton acariciando el cuello del cuadrúpedo.

Y volviéndose después hacia Susana para continuar la conversación, repuso:

—Pues yo se lo explicaré á usted. En mi primera carta preguntaba si tenía usted *deseo* de que yo volviese, é interpreté su silencio como una negativa; porque después de ir todos los días al correo para ver si había contestación, no la encontré nunca. En su consecuencia, fui á divertirme á otra parte.

—¿Y no procedí acaso bondadosamente al dejar á usted esa oportunidad?, preguntó Susana con una sonrisa que indicaba que se había recobrado ya de su sorpresa.

—No lo creí así, aunque me divertí mucho y gané el premio en las carreras.

—Pues la mitad de todo eso bastaría para que se mostrase agradecido.

—Pues á mí no me satisface, porque hubiera preferido estar con usted que no en Londres.

—¡Muchas gracias!, contestó Susana haciendo una reverencia.

—En mi segunda carta dije á usted, continuó Walton á pesar de los esfuerzos de la joven para cortar la conversación sobre aquel asunto, que no volvería, ó por lo menos, que no la vería hasta que usted se mostrase deseosa de mi visita.

—No contesté tampoco á esa segunda carta, y usted, para probar su sinceridad, viene sin ser invitado á ello.

A Walton no le desconcertó en lo más mínimo esta contestación, pues cuando hubo acariciado á *Jim*, que volvía á estar inquieto, repuso con calma:

—Pues precisamente por eso estoy aquí..., para probar á usted mi sinceridad.

—¿Contradiendo sus propias palabras?..

—Sí. El silencio de usted me irritó; estaba enojado, y lo que es peor, comencé á creer que sería inútil buscar á usted; pero ahora...

Walton se interrumpió, cual si quisiera que Susana le ayudara; mas como guardase silencio, añadió:

—Estoy aquí para preguntar á usted otra vez si me concederá su mano. Creo que podríamos llevarnos bien, y aunque yo vivo casi al día, me parece que venceríamos todas las dificultades si estuviéramos juntos.

Susana vió su oportunidad; Walton se expresaba con cierto sentimentalismo, como si creyera que sus sonrisas eran suficientes para romper el hielo, y era preciso aprovechar el instante para fingirse pobre. La joven miró á su alrededor para asegurarse de que no había nadie por allí cerca, y comenzó á desempeñar su papel.

Después de una pausa, inclinó la cabeza para que no se viesen sus facciones, y repuso en voz baja:

—La proposición de usted es muy digna, señor Walton, y me lisonjea mucho; pero antes de que me inste para obtener una contestación, debo advertirle una cosa.

—¿Qué es?

—Segura estoy de que no afectará á la resolución de usted; mas creo un deber decirle que se me supone rica, pero que la quiebra del Banco me deja casi arruinada, tanto que apenas tengo lo suficiente para sostener mi propiedad.

Y Susana miró de reojo á Walton para ver qué efecto produciría en él esta terrible noticia; pero su expresión no cambió.

—Ya lo sé, Susana, contestó el joven con gravedad, y precisamente por eso he venido á solicitar su mano de esposa.

XXIX

QUID PRO QUO

Susana, levantando los ojos, miró fijamente á Walton; su palidez y gravedad diéronla que pensar al pronto, y después se rió de la mejor gana, sin observar el asombro de su interlocutor.

—Veo que me ha descubierto usted, dijo sonriendo al parecer alegremente, aunque era visible que se violentaba un poco. Ya lo temía yo, y la prueba es que dije á Sara que no se dejaría usted engañar.

—¡Que no me dejaría engañar!, exclamó Walton cada vez más asombrado.

—Sí; advertí á mi prima que me proponía revelar quién me aconsejaba esta broma; á mí me pareció ridícula desde un principio y así lo manifesté; pero Sara insistió en que la diese y la he obedecido, presumiendo que el resultado no sería otro.

—No la comprendo á usted, repuso Walton con gravedad.

Susana se rió más que antes, y Walton, apoyando el brazo en el cuello de *Jim*, miró á Susana con curiosidad.

—Usted es vencedor, dijo la joven alegremente; desempeña usted su papel con la mayor perfección y yo he fracasado en el mío; pero dígame usted la verdad, ¿estaba usted preparado ya para oír mi engañosa confidencia? ¿Le han hecho á usted alguna advertencia?

—Sí; no negaré que me la hicieron y que estaba preparado para oír lo que usted me ha dicho; mas no podía pensar que lo tomase usted así.

Por el tono de Walton hubiérase dicho que éste temía que la razón de Susana se hubiese afectado por la dolorosa pérdida que acababa de sufrir; y la continua risa con que la joven le escuchaba, confirmóle sin duda en su sospecha.

—¡Bien, bien!, exclamó Susana, me resigno; pero debe usted confesar que toda la desventaja estaba de mi parte, habiéndosele advertido antes que yo trataba de darle una broma.

Walton, mudo de estupor, no tenía en aquel instante seguramente el aspecto del hombre que toma parte en una broma; pero Susana creyó que fingía con singular perfección, pues él mismo confesaba que le habían advertido, y sin duda su proceder no tenía más objeto que prolongar la broma para castigar á la que intentó dársela. También llamó su atención que la llamase «Susana» á secas, como si tuviese ya derecho á esta franqueza, por más que fuera su costumbre no llamar á nadie por su apellido, aunque le conociera poco. Hasta entonces, siempre había dicho «señorita Holt.»

—No veo motivo alguno de broma, Susana, dijo con aire perplejo, y á fe mía quisiera creer en ella en beneficio de usted.

En el tono de Walton había cierta cosa inexplicable que causó mucha sorpresa á Susana. De pronto recordó que Sara había asegurado que Walton tomaría como cierto lo de la supuesta pérdida de los bienes; no se explicaba cómo su prima conseguiría esto; pero evidentemente Walton era el más consumado actor ó consideraba el asunto con la mayor seriedad. ¿Sería posible que la creyese? Susana comenzó á experimentar cierta inquietud, y sin embargo, temía cederle el triunfo de haberla batido con sus propias armas, haciéndola víctima del engaño que ella proyectó contra él.

Pero quiso salir de dudas y poner término á semejante farsa de una vez.

—Me confieso derrotada, Sr. Walton, dijo sonriendo, aunque más bien hubiera llorado para desahogar su enojo; usted me aventaja por mucho como buen actor y suyo es el triunfo. Tratábase de una simple broma para hacerle rabiar un poco, y ahora siento haberla intentado, tanto que en estos últimos días me arrepentí varias veces de haber consentido en esta absurda farsa cuando me la aconsejaron. Creo que jamás me hubiera conformado á no estar segura de que usted no se dejaría engañar.

Susana esperaba que Walton se reiría, contestándole que había desempeñado su papel muy bien; pero lejos de esto, repuso con más seriedad que antes:

—Crea usted que me alegraría de haber sido engañado.

—Pues bien, ya puede usted estar contento y suya es la victoria. El pobre Job es quien ha sufrido una pérdida por la quiebra del Banco; á mí no me alcanza en nada, pero sí siento que ni Miguel ni su padre me permitan hacer algo en su favor.

Susana, siempre inquieta, deseaba ante todo excusarse de su inocente engaño, sincerando su conducta.

—Me parece, dijo Walton con marcada expresión de sarcasmo, que lleva usted la broma demasiado lejos. ¿Habla usted con formalidad ahora?

—Sí, con toda la formalidad posible, Sr. Walton, replicó Susana con tono altanero; me proponía solamente bromearle un poco y veo que lo toma muy en serio. Ruego á usted, pues, que me dispense; y no puedo hacer más.

Así diciendo, la joven saludó con frialdad, como indicando que no quería continuar la conversación, y dió media vuelta para ir á reunirse con los segadores.

Pero Walton la llamó, y en su acento había tal nota de angustia, que Susana se detuvo.

—¡Por amor de Dios, escúcheme usted!, exclamó. Estamos jugando á los despropósitos de la manera más extraña... Para ser breve, me limitaré á decirle que usted es quien ha perdido por la quiebra del Banco y no el Sr. Hazell ni su hijo, aunque por un sentimiento bondadoso procuran que no sepa usted la verdad.

Al oír esto, Susana palideció, y fijando la vista en Walton, recobró de pronto todo su dominio.

—Le he rogado á usted que me dispense, señor Walton, repuso, é ignoro qué beneficio puede resultar en su favor si trata de que me avergüence más aún de mí misma.

La palabra *beneficio* resintió á Walton.

—Yo no busco beneficios; no hago más que cuidarme del tiempo presente, y en cuanto á los futuros, vengan como quieran.

—Pues entonces, ¿qué debo entender?

—Que aún trata de engañarme, ó que usted misma está engañada; y repetiré que usted es la que ha perdido y no los Hazell.

—Es inútil que continúe, Sr. Walton, contestó Susana moviendo la cabeza y sonriéndose. Al hacer semejante cargo contra el tío Job y el más sincero amigo que jamás tuve, debo decir á usted que doy la broma por terminada.

—Y lo *está*, repuso Walton. Si no me cree usted, vaya á ver á Job..., no á Miguel, sino á su padre, y pregúntele si no he dicho yo la verdad.

Éran tan graves el tono de Walton y su ademán, que no podían ser fingidos; y Susana sintió frío en el corazón, como si le tuviese rodeado de hielo. Inclinó la cabeza con expresión meditabunda, y levantándola después de pronto, preguntó con voz breve:

—¿Quién le ha dicho á usted eso?

—No importa la persona; usted puede asegurarse fácilmente de si hablo la verdad ó miento. Diga usted al Sr. Hazell que se propone casarse conmigo y así sabrá lo que hay de cierto.

—Voy ahora mismo; pero no diré eso.

—Muy bien; dentro de veinte minutos puede usted estar de vuelta, y como todos sus caballos están ocupados ahora, engancharé á *Jim*... No tenga usted cuidado, añadió apresuradamente al ver que la joven trataba de interrumpirle; solamente la conduciré hasta la entrada del camino, y después puedo esperarla aquí.

Susana no hizo ninguna objeción; y á los diez minutos, *Jim*, uncido al carrito, avanzaba rápidamente por el empolvado camino que mediaba entre las granjas del Prado y de Marshstead.

Walton había tratado varias veces de inducir á Susana á probar las condiciones de su caballo; pero jamás pudo pensar que lo haría en una excursión que tenía por objeto averiguar si su amo era ó no un embustero.

XXX

EXPLICACIONES

Susana no se acordaba ya de las prevenciones del doctor, que había insistido en que de ningún modo se hablase á Job de ningún asunto que pudiera irritarle, y tampoco sabía que en todas sus visitas sucesivas había hecho la misma recomendación con más empeño que nunca. Miguel perdía mucha parte de su tiempo tan sólo para cuidar de que no se faltase á esta recomendación; y se pasaba tan ligeramente como era posible sobre todos los asuntos sin dar á entender á Job que aquello se hacía para complacerle, porque le era necesaria la más absoluta quietud. Sus excursiones al jardín comenzaban á ser menos frecuentes, y aunque la atmósfera fuese cálida para los que disfrutaban de salud, Job estaba casi siempre tiritando delante del fuego; junto á su sillón tenía la mesa con sus papeles y artículos de escritorio, y complaciase con la idea de que aún trabajaba para rehacer su pérdida fortuna. A su lado veíase también la pipa y el antiguo jarro favorito, pues aunque el doctor quiso prohibirle la cerveza, Job se encolerizó de tal modo, que fué preciso consentirlela.

—Eso no hará mucha diferencia, dijo el médico con bondad al despedirse del joven Hazell.

Miguel no había dicho á Susana cuán grave era ya el estado de su padre, pues no quería entristecerla con los detalles sobre el rápido progreso del mal.

En cuanto á Susana, en aquel momento no pensaba más que en asegurarse de la certeza ó falsedad de lo que Walton había dicho; si resultaba lo segundo, no podría ya perdonar á un hombre que de tal manera mentía; pero en cierto modo, esto no era de esperar, pues él no había tratado de arrancar ninguna promesa. Obraba dignamente; conducíala con toda la rapidez posible al sitio donde podía saber muy pronto si sus palabras eran una verdad; y no podía suponer semejante conducta en un hombre que apelaba á un engaño para obtener una promesa, afectando magnanimidad y desinterés. Hasta aquí, todas las apreciaciones estaban en favor de Walton, y si aquella extraña historia era cierta, las evasivas con que Miguel contestaba á todas sus preguntas respecto á la cuestión de la quiebra del Banco se explicarían desde luego.

Podría ser cierto!, se dijo Susana; y al cruzar esta idea por su mente, experimentó una dolorosa inquietud.

Jim devoraba el espacio por el camino; mas á la joven parecía que no iba bastante de prisa; á través de los árboles llegaban á veces hasta Susana los ardientes rayos del sol; todas las cercas estaban cubiertas de polvo; el camino, prolongándose como una inmensa faja amarillenta, parecía interminable, y perdíase á lo lejos entre los campos, llenos de afanosos segadores. Aquel viaje, aunque corto, impacientó mucho á Susana.

Jim no tardó en llegar á la entrada del sendero que conducía á la granja de Job, y la joven sentó el pie en tierra tan pronto como Walton, aunque éste había saltado apenas se detuvo el vehículo.

—Esperaré aquí, dijo.

Susana, sin contestar, avanzó hacia la granja con rápido paso, y había recorrido la mitad de la distancia antes de que pudiese coordinar sus ideas. Entonces hizo un esfuerzo para no andar tan de prisa, á pesar de su vehemente deseo de averiguar cuanto antes la verdad de los hechos; y al fin consiguió recobrar algún dominio sobre sí, mientras reflexionaba cómo debería proceder. No quería confesarse hasta qué punto le afectaba aquella extraña historia, pero tampoco le era posible pensar con calma sobre lo que trataba de hacer.

A pesar de todos sus esfuerzos, entró en la sala con el rostro encendido y casi sin aliento.

Job estaba sentado en un sillón, recostado en dos almohadas y con una piel sobre las rodillas, aunque le habían acercado al fuego tanto como era posible sin peligro. Miguel, de pie á su lado, tenía en una mano algunos papeles, mientras que con la otra parecía buscar otros.

Al ver entrar á Susana se sobresaltó al parecer y adelantóse para recibirla.

—Agradezco á usted la atención de haber venido, díjole, tomando su mano.

Y añadió en voz más baja:

—Mi padre divaga mucho hoy, y no debe usted hacer caso de lo que diga.

—¿Qué estás murmurando ahí?, preguntó Job con acento de enojo. ¿No puedes hablar más alto para que sepamos todos lo que dices? No quiero secretos aquí, porque siempre conducen á una perturbación... Por ellos he sufrido yo, y no los consiento... ¡Cómo, Susana aquí!, exclamó al divisar á su pupila.

—Sí, tío.

La joven estaba enfrente de Job, sin saber apenas qué decir, pues notaba un cambio singular en los ademanes y el aspecto del anciano, aunque no habían pasado más de dos días desde la última vez que le vio.

—¿Qué te trae aquí á semejante hora del día?, preguntó Job con acento de mal humor, y volviéndose en su silla cual si buscara alguna cosa. Ahora debías estar en los campos, inspeccionando lo que se hace, en vez de pasearte como una señora. No hagas eso, muchacha, y acuérdate de que el ojo del amo engorda el caballo. Allí es donde debes estar. ¿Qué haces aquí?

La joven hubiera contestado de buena gana: «Vengo á saber si es usted ó yo quien ha perdido su dinero por la quiebra del Banco;» pero al levantar los ojos vio la ansiosa expresión de Miguel, y recordó la recomendación del doctor.

—He venido á ver á usted, tío, contestó con afectada alegría, y creo que no volveré si es usted tan desagradecido que recompensa mi interés con una reprensión.

Mientras que Job seguía moviéndose en el sillón como si buscara alguna cosa que hubiese perdido, Susana cogió un pedazo de papel, y con un lápiz escribió apresuradamente:

«Necesito saber quién ha perdido el dinero; me han dado informes, y si usted no me contesta, hablaré.»

Entregó el papel al joven Hazell, y al punto notó la expresión de sorpresa y de angustia que se pintaba en sus facciones mientras leía aquellas palabras. Esto era lo suficiente para confirmar sus temores; Walton había dicho verdad; pero quería que se confirmase por los labios de Miguel. ¿Sospecharía éste el objeto de su visita, y habría tratado de evitar que hablase, diciéndole que Job divagaba y que no debía hacer caso de cuanto dijese?

Miguel estaba pálido, pero tranquilo, y no trató de escribir como ella lo había hecho; hizo una bola con el papel que tenía en la mano y arrojóla al fuego, pero quedó entre las cenizas.

—Espere usted, contestó en voz baja.

—¿Pero qué estáis hablando?, gritó con impaciencia Job, que observaba mejor cuando se le creía más distraído.

—Nada, padre mío.

—¡Ah, sí, no eres bueno más que para eso! Sabes muy bien que deberías estar practicando las diligencias necesarias, puesto que á mí no me es posible hacerlo, y siempre te veo ocioso en casa. No me sucedía á mí lo mismo cuando era joven... ¿Dónde está mi pipa, Miguel?

El anciano llamaba á su hijo cada cinco minutos, y ahora reprendíale porque no trabajaba. Miguel le dió la pipa, y Susana notó que estaba muy nervioso, pero hallábase resuelta á llevar á cabo su propósito.

—Conteste usted ó hablaré, murmuró al pasar Miguel junto á ella.

—¿Qué dices?, preguntó Job. Habla, habla; eso es lo que yo quisiera.



¿Pero qué es esto, Miguel?

—Ya lo hará dentro de un minuto, contestó Miguel, cuando haya tomado aliento. Sin duda ha venido muy de prisa y está cansada, á juzgar por el color de sus mejillas y el brillo de los ojos.

Miguel acompañó estas palabras con una sonrisa tan forzada, que la joven sintió cierta inquietud, sobre todo al verle guardar en su bolsillo una caja de fósforos que cogió de la mesa.

—¿Por qué no te sientas para descansar un rato?, preguntó Job. Dame algo para encender la pipa Miguel.

Job tenía á su lado dos tiras de papel; Miguel tomó una, retorcida y se la dió á su padre.

—Aquí tiene usted, dijo; quisiera ver si le queda suficiente fuerza para encender usted mismo.

—¿Y crees tú que no podría hacerlo?, contestó el anciano con aire de indignación, cogiendo la tira de papel y acercándola al fuego. Es demasiado gruesa, añadió, después de hacer algunos esfuerzos para encenderla.

—Pues rásguela usted, padre, dijo Miguel; quiero ver si también puede usted hacer eso, y si conserva bastante vigor; con ese papel hay para tres ó cuatro tiras, y Susana encenderá una.

Job, para probar que no le faltaba fuerza, rasgó con enojo el papel medio quemado, y arrojó los pedazos al fuego, quedándose solamente con uno, que le sirvió para encender su pipa. Después recostóse en su sillón como si aquello le hubiese ocasionado fatiga, mas con el aire satisfecho del hombre que acaba de hacer algo bueno.

—¿Estás convencido ahora?, preguntó á Miguel, exhalando de su boca una nube de humo, lo cual le ocasionó un acceso de tos.

—Sí, padre mío, contestó Miguel, y me alegro ver que tiene usted mucha más fuerza de lo que yo pensaba. Esto le complacerá al doctor cuando se le diga, y Susana puede atestiguarlo; pero usted ha destruído todas las tiras de papel sin darle ninguna para que la retuerza...

—No hubieran ardido bien, porque el papel es malo, contestó Job; pero junto á mis pies veo una que aún se podría utilizar.

Susana la recogió, y maquinalmente arrollóla en for-

ma de espiral entre el pulgar y el índice. El papel era muy duro y coriáceo, y se resistía; pero la joven prosiguió en su ocupación con mucha calma, haciendo reflexiones sobre la extraña conducta de Miguel. Era evidente que el joven estaba disgustado, y que había hecho esfuerzos para ocultar su ansiedad desde un principio; pero Susana no comprendía con qué objeto había ocultado la caja de fósforos en su bolsillo, insistiendo en que su padre encendiera la pipa con papel. De repente, al mirar la tira que tenía entre los dedos para asegurar su extremidad, vió su nombre escrito en ella, con un carácter de letra que no era el de Miguel, á juzgar por los perfiles, duros y gruesos, y mucho menos el de Job. Acabó de arrollar la tira, mas no la puso en la meseta de la chimenea.

Miguel sonreía, pero el sudor inundaba su frente, como si él también hubiera corrido mucho. Sin duda trataba de evitar que la joven cumpliera su amenaza, y Susana comprendió que sería con un objeto loable; mas parecía ver alguna mistificación, y estaba impaciente.

Por fortuna, Job dijo en aquel momento algo que no podía ser más oportuno para ella.

—Esa quiebra, murmuró, ha sido muy mal negocio para muchos de los nuestros.

Aquella era la oportunidad para que Susana obtuviese el informe apetecido.

—Muy malo verdaderamente, replicó. Ahí tenemos al pobre Hibbert, que está completamente arruinado, tanto, que se venderá todo en su granja el lunes. ¿No ha visto usted los anuncios?

—No; pero si se halla en tal apuro, quiero comprarle aquella vaca que tanto he deseado. Nunca quiso vendérmela y ahora se le podrá favorecer comprándola. Vale mucho dinero, Miguel; no pierdas la oportunidad.

—¿Y se halla usted en disposición de comprarla ahora, tío?, preguntó Susana.

—¿Qué dificultad habría? Podría comprar más de ciento si...

Job se interrumpió, obscurecióse su frente y añadió con lentitud:

—Si no fuera por ese maldito Banco, que el diablo se lleve.

—Eso quiere decir, replicó Susana, que ha perdido usted mucho. Nada me ha indicado usted sobre el particular, ni tampoco Miguel ha tenido por conveniente darme la menor explicación.

—Sí, he perdido... en cierto modo, contestó Job; y tú también, muchacha.

—Pero supongo que no será gran cosa...

—Según y cómo.

—Yo no hablaría de estas cosas ahora, interrumpió Miguel, que estaba junto á la mesa arreglando los papeles. No lo creo oportuno, añadió con frialdad, comprendiendo que Susana desconfiaba de él. Nosotros no nos arruinaremos por el golpe y Susana no pierde mucho.

—No sabemos lo que puede perder, replicó Job con tono irritado. No ha hecho lo que yo deseaba, ni tú tampoco, para que todo se arregle; á no ser por esto, estaríais casados hace tiempo y en muy buena posición.

Por estas palabras Susana comprendió que entre el padre y el hijo se había hecho algún convenio que no era del agrado de Job.

—Quisiera que me indicase usted, dijo con tranquila firmeza, cuál será mi parte en las pérdidas; me agradaría saberlo, y hasta debo tener conocimiento de ello.

—Sí, repuso Job, á decir verdad, es cosa que te importa saber... ¿Se han publicado ya las amonestaciones, Miguel?

—Aún no; pero hay tiempo suficiente.

—¡Pues yo no quiero esperar más!, gritó Job con acento de cólera. ¿De quién es la culpa?

—Mía, contestó Susana con mucha tranquilidad. Pero la expresión que tomó el rostro de Job hizo la comprender que llevaba las cosas demasiado lejos.

—¡Tuya!, exclamó Job. Pues entonces te diré...

—¡Padre!

Esta palabra fué pronunciada con una expresión de dolor que asombró á Susana, mitigando la ira del anciano.

—No, continuó Job, no te lo diré; he prometido no hacerlo, añadió, tomando el papel que tenía á su lado; pero ahí tienes mi testamento; puedes leerlo, y así sabrás cuál es tu situación. No es necesario que lo repases todo, pues encontrarás al fin del escrito lo que deseas.

Así diciendo, Job dejó escapar una bocanada de humo de la boca, volviendo la cabeza para no mirar á Miguel.

Este último, apoyado contra la mesa, observaba silenciosamente á Susana.

(Se continuará.)

DE MARRUECOS

Cuando la sumisión de las principales tribus rebeldes hacía esperar que estaba asegurada la calma en la región de Casablanca, un incidente de cierta gravedad ha venido á demostrar que las cabilas no abandonan sus sentimientos hostiles á todo lo europeo.

El día 18 de octubre último un francés, M. Kuntzer, recién llegado á Casablanca para hacer ciertos estudios por cuenta de un sindicato comercial, salió de paseo hacia el Sur y fué asesinado por los Uled-Saíd, no sin vender cara su vida, pues con su revólver mató á uno de sus agresores é hirió á dos.

Para recoger el cadáver de aquel desgraciado y al mismo tiempo para castigar á sus asesinos y limpiar de bandidos los alrededores de Casablanca, el general Drude envió el 19 una columna mandada por el teniente coronel du Fretay y compuesta de fuerzas de caballería y de infantería y de una sección de ametralladoras. Llegada la expedición á la quinta Alvarez, que era el objetivo de la misma, fueron las tropas tiroteadas por un grupo de jinetes marroquíes; el jefe francés ordenó entonces la persecución de éstos, y los soldados avanzaron unos tres kilómetros hasta Tadert, en donde aparecieron numerosos enemigos. Trábose el combate, y los marroquíes, cuyo número aumentaba por momentos, trataron de envolver á los

franceses; pero la llegada del general Drude con importantes refuerzos les obligó á replegarse, y aunque varias veces atacaron vigorosamente á la columna, siempre fueron rechazados por las ametralladoras. Las tropas expedicionarias regresaron ordenadamente á su campamento; habían tenido dos muertos, uno de ellos el capitán Ihler, y ocho heridos; las pérdidas del

Muley Hafid. El general Drude ha impuesto treinta días de arresto al teniente coronel Halna du Fretay, por haber avanzado más de lo que se le había ordenado.

El entierro del capitán Ihler fué una ceremonia imponente; sobre el ataúd que encerraba sus restos mortales el general Drude colocó la cruz de la Legión de Honor, que á petición suya concedió el gobierno francés al oficial, después de muerto, por su heroica conducta en aquel reñido combate.

El cadáver de M. Kuntzer fué encontrado algunos días después, en un reconocimiento expresamente dispuesto por el general Drude; estaba escondido entre un seto de cactus, á unos cuatrocientos metros de la quinta Alvarez, y tenía cortada la cabeza.

Para que se vea cómo escriben la historia los marroquíes, copiaremos un párrafo de la carta que envió á la ciudad de Marruecos el hijo de Muley Rachid, que mandaba una de las mehallas de Muley Hafid que tomaron parte en la acción del día 19. Dice así:

«El sábado último tuvimos una gran batalla con los franceses, á quienes, gracias á Dios, rechazamos hasta las puertas de Casablanca. Hoy nos piden

la paz y nos suplican que les demos una tregua de seis meses, pero no hemos querido concedérsela.»

Según parece, Muley Hafid ha proclamado la guerra santa y saldrá de un momento á otro de Ma-



Casablanca.—Entierro del capitán Ihler, muerto en el combate de 19 de octubre último.

enemigo se calculan en unos cincuenta muertos, nueve de los cuales fueron recogidos por los franceses.

Las fuerzas marroquíes que empeñaron la batalla fueron las dos mehallas reunidas del sultán rebelde,



Casablanca.—El teniente coronel du Fretay en el cementerio pronunciando el elogio fúnebre del capitán Ihler

rruecos al frente de numerosas fuerzas, en dirección á la región de los Chauías. La noticia de su próxima marcha ha causado gran pánico en aquella ciudad, pues se teme que en cuanto se halle lejos, se subleve una parte de la población en favor del sultán legítimo. Éste, al conocer el propósito de su hermano, ha dispuesto que una mehallá al mando del caíd Anflus le salga al encuentro y le impida acercarse á Mogador.

Dícese que Muley Hafid ha encargado á un francés, amigo de uno de sus principales caídos, el caíd de Glaui, que manifieste en su nombre al general Dru de que si se encamina hacia la región de los Chauías es únicamente para restablecer allí el orden; pero algunos telegramas oficiales afirman que sólo se propone atravesar aquellos territorios de paso para Rabat, con ánimo de presentar batalla á Abd el-Aziz.

El acorazado español *Pelayo* ha conducido á

Rabat á la embajada española que ha de ser recibida por el sultán; después de haber permanecido varios días en aquella barra sin poder bajar á tierra á causa del temporal que reinaba en el mar, al fin pudo desembarcar el día 6. Forman la embajada el ministro de España en Tánger Sr. Llabería, el general Sr. Marina, el capitán Sr. Pachot y algunas personas más hasta el número de diez y ocho.

La alarma producida últimamente en Mogador por

la proximidad de una mehallá de Muley-Hafid, compuesta de setecientos infantes, trescientos jinetes y tres piezas de artillería al mando de Muley-Yefar, tío

güe el movimiento revolucionario del Sur, movimiento que, á la vez, aumenta de día en día en la región de Casablanca. El sultán reconoció las dificultades que

esta situación ofrece para Francia, elogió la conducta seguida hasta ahora por ésta y declaró que tiene absoluta confianza en las seguridades del gobierno francés relativas á la evacuación eventual de Casablanca y de Ujda. Habló en términos laudatorios del tacto de que ha dado pruebas el embajador francés M. Regnault, durante las negociaciones, tanto que, según dijo, ha facilitado la discusión de las cuestiones más delicadas y que contribuirá á una solución pronta y satisfactoria para todos.

El día 2 de este mes efectuóse en Tetuán la ceremonia de colocar sobre las tumbas de los soldados españoles muertos en la guerra de Africa varias coronas enviadas por la guarnición, autoridades y prensa de Ceuta, por el

gobierno español, por la tripulación del crucero *Extremadura* y por las colonias españolas de Tetuán y de Tánger. Al efecto organizóse una procesión cívica presidida por el cónsul de España en aquella ciudad, y en la cual tomaron parte el elemento oficial y toda la colonia. Las autoridades y la población marroquíes asociáronse también á aquel acto, que resultó en alto grado solemne y conmovedor.—R.

(Fotografías de Rittwagen.)



Casablanca.—Cadáveres de moros muertos en el combate del 19 de octubre y conducidos por los franceses á Casablanca

de aquél, ha sido causa de que los franceses envíen á aquellas aguas los cruceros *Dessaix*, *Galilée* y *Amiral-Aube*, que se hallan dispuestos á intervenir, en caso de necesidad, para garantizar la seguridad de los europeos allí residentes.

El corresponsal del *Times* en Rabat ha sido recibido en audiencia por Abd-el-Aziz, quien le ha manifestado que se hallaba profundamente afligido por la actual situación, pues no ve señal alguna de que men-

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los

Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

elmas reconstituyente soberano en los casos de: *Clorosis*, *Anemia profunda*, *Malaria*, *Menstruaciones dolorosas*, *Calenturas*. Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

Dentición

JARABE DELABARRE

JARABE SIN NARCÓTICO.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJANSE el SELLO de la "Union des Fabricants", y la FIRMA DELABARRE. Establecimientos FUMOUZE, 78, Faubourg St-Denis, París, y las Farmacias del Globo.

Historia general del Arte

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Utiptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se publica por cuádrnos al precio de 6 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ROB

BOYVEAU - LAFFECTEUR

* Célebre Depurativo Vegetal cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.

EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO

H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, París. Todas Farmacias.



PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.



Terremoto en Calabria.—Ruinas del pueblo de Ferruzzano, que ha quedado enteramente destruido
(De fotografía de Carlos Trampus.)

Un terrible terremoto ocurrido en 23 de octubre último ha asolado al región calabresa, la misma que hace dos años sufrió los espantosos efectos de una catástrofe igual á la de ahora. A consecuencia del temblor de tierra, quedaron enteramente destruidos los pueblos de Ferruzzano, Bruzzano y Zoparto; en otros, como Monte-Leone, Gerace, Casalnuovo d'Africo, Sinopoli y Brancalione, la mayoría de los edificios se han derrumbado, y en muchísimos más, los daños sufridos son inmensos.

Además de las pérdidas materiales, han sido numerosísimas las personales, contándose por centenares los muertos y los heridos.

El gobierno envió inmediatamente tropas para proceder á los trabajos de salvamento, y socorros en metálico y en víveres para atender á las primeras necesidades y aliviar en lo posible la situación tristísima en que han quedado aquellas poblaciones. Las copiosas lluvias que cayeron después del terremoto hicieron muy difíciles aquellos trabajos é impidieron que fuesen salvadas muchas personas que yacían entre las ruinas y que, socorridas á tiempo, habrían podido ser extraídas con vida. El rey de Italia ha dado 100.000 liras y el papa ha enviado también un cuantioso donativo que distribuyen en la comarca devastada el cardenal Portanova y el obispo de Gerace. — X.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrúfulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, París.

APROBADA
por la
Academia
de MEDICINA

**AVISO Á
LAS SEÑORAS**

EL APIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORS, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

DATA de 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPILLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EPFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDES

París
B^e St-Denis, 16

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILLORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN